

LAS DIOSCOREAS CULTIVADAS (ÑAMES) Y SU INTRODUCCIÓN EN EL NUEVO MUNDO

Por SALVADOR CANALS FRAU

I

El estudio de las plantas cultivadas tiene interés no sólo para los botánicos; también para las investigaciones antropológicas y etnológicas puede y suele ser de gran y extrema utilidad. Especialmente los datos sobre difusión, tratamiento y lugar de origen de las distintas especies pueden prestar una singular ayuda para establecer la patria originaria, las migraciones o las relaciones culturales que han tenido los pueblos que las cultivan. Y cuando se trata de especies alimenticias, de esas que constituyen el alimento principal y tradicional de un grupo humano, entonces el valor demostrativo de los datos que su estudio nos ofrece será aún más elocuente. Pues, los pueblos, al extenderse por nuevas regiones o cambiar de habitat, no sólo llevan consigo los principios generales que rigen su acostumbrado estilo de vida, sino que también siguen particularmente apegados a su peculiar tipo de alimentación. Pues bien, a este último tipo de plantas corresponden las Dioscóreas, vulgarmente conocidas como *ñames*. Constituyen un importante género de la familia de las Dioscoreáceas, con un número grande de especies y variedades que hallamos dispersas por gran parte de la Tierra y especialmente por las regiones tropicales.

Se trata de plantas que en su mayoría producen tubérculos feculentos más o menos voluminosos. Desde tiempos inmemoriales el Hombre los ha utilizado como alimento, de la misma manera que la papa, la batata o el taro. Se propaga como éstas, no sexualmente, por siembra de sus semillas, sino vegetativamente, enterrando una parte de la planta misma, y generalmente un trozo del mismo tubérculo.

El tubérculo de *Dioscorea* es un tallo subterráneo, radiceforme y de dimensiones variables según las especies. Puede ser simple o múl-

tiple, tierno o coriáceo, dulce y comestible o amargo y venenoso. Sucede a veces que una especie dada tiene una forma silvestre, de tubérculo venenoso, y otra forma cultivada, de tubérculo comestible¹.

Vale la pena recordar que pueblos tan primitivos como el de los *Semang* que son pigmoides habitantes de la península de Malaca, en el Sudeste de Asia, y que apenas si practican otra suerte de economía que la recolección de productos naturales y agrestes, utilizan en su alimentación no solamente los ñames silvestres dulces, sino que también los venenosos, aunque sometiéndolos previamente a un procedimiento especial que los hace aptos para ser comidos². El principal valor de este dato y de otros parecidos reside en que en ellos podemos ver el necesario antecedente del tratamiento que los indios americanos, y especialmente los de estirpe brasílica someten a la mandioca (*Manihot utilissima*) para extraer de su pulpa el jugo venenoso que contiene, y hacerla así factible de que sirva, convertida en cazabe, de principal artículo de su alimentación.

El mismo hecho nos corrobora también lo que ya sabíamos por varios conductos: que al menos en el Sudeste de Asia, el ñame silvestre ha servido en la alimentación humana desde los tiempos más antiguos, y habiendo sido siempre uno de los principales objetos de la recolección a que se dedicaran o dedican los pueblos de cultura inferior



Dioscorea trifida

¹ BOIS, D., *Les plantes alimentaires chez tous les peuples et a travers les ages*, tomo I, pág. 475 y sigs.; Paris, 1927.

² SKEET AND BLAGDEN, *Pagan Races of the Malay Peninsula*, pág. 114; London, 1906.

que en tiempos pretéritos ocuparan, o que todavía hoy ocupan, aquella extensa región. Por lo que no puede extrañar que esa planta haya sido también una de las primeras, sino la primera de todas, que domesticara el Hombre. Razones de índole botánica nos señalan que su domesticación se produjo en esa misma región general del Sudeste de Asia, que



Tubérculos radiceiformes de
Dioscorea trifida

constituye el habitat de los mencionados *Semang*, y que ha sido también la zona de caracterización de los Protomalayos³ grupo mongoloide al que corresponde el mérito de haber difundido el ñame ha través de gran parte de Oceanía. Y ligado con todo esto está el que en la actualidad se tienda cada día más a ubicar en la misma región el origen del primer y más primitivo cultivo. Nos referimos al que utilizando todavía medios rudimentarios, se dedica a la sola producción de tubérculos y frutos que se propagan por medios vegetativos⁴. Por otra parte no hay duda alguna de que este tipo de cultivo, que no conoce el empleo de abonos, ni la irrigación artificial, ni otras herramientas que el antiguo palo de cavar o algún intento de azada, sea anterior en el

tiempo al que se basa en plantas productoras de semillas y especialmente en cereales, y que naturalmente conoce y practica todo ello. Pues, mientras el primer tipo es propio de las culturas medias, el segundo pertenece de pleno a la Civilización.

Por otra parte, la especie más extendida de ñame, o sea la *Dioscorea alata*, que posiblemente sea también la más antigua de todas las especies hoy cultivadas, es originaria de esa misma región general del Sudeste de Asia⁵, aunque la encontramos también en África y otras regiones

³ Llamamos "Protomalayos" a los pobladores paleomongóidos de Indochina, Birmania e Indonesia, anteriores a las influencias alóctonas llegadas posteriormente desde la India.

⁴ SAUER, C. O., *Agricultural origins and dispersals*, pág. 24, New York, 1952.

⁵ SAUER, C. O., l. c., pág. 26.

tropicales. Se trata de una planta relativamente grande, de tallo que ostenta crestas o alas membranosas, de hojas acorazonadas y opuestas, que por lo general produce un solo tubérculo, pero que puede alcanzar un considerable tamaño. Se divide en numerosas variedades, y su importancia en la alimentación de los pueblos del Sudeste de Asia y de gran parte de Oceanía ha sido y sigue siendo muy grande. Pues bien, es indudable que esta especie ha sido difundida desde el Sudeste de Asia por los mencionados Protomalayos, quienes la propagaron hasta las más apartadas islas del mundo oceánico. Esta difusión se ha de haber efectuado simultáneamente con el poblamiento que esos primitivos mongoloides efectuaron de la Indonesia, Micronesia, Polinesia, y hasta de la africana isla de Madagascar. Pues, en todas esas partes, donde hoy viven descendientes de los mencionados Protomalayos, y se hablan lenguas malayo-polinesias, se encuentra también en cultivo la *D. alata*. Y es desde esos mismos territorios malayo-polinesios que esta forma de ñame fué luego llevada a las demás regiones tropicales vecinas, sin excluir al África central y occidental.

Mas, digamos que la *D. alata* no es la única especie de ñame que se cultiva hoy en el Viejo Mundo. Pues, se conocen muchas otras formas, aunque aquélla sea la más difundida por todo el hemisferio oriental. Adelantemos que se trata de una planta muy polimorfa, que al ser difundida por gran parte de la Tierra, puede haber dado nacimiento a muchas otras especies y variedades regionales.

Así, la China tiene una especie propia, que también se ha extendido por otras regiones del Extremo Oriente, como Formosa y Japón. Se trata de la *D. batatas* Decaisne, que produce uno o varios tubérculos, alargados y de color amarillento.

Natural de la India es la *D. bulbifera*, desde donde ha sido también difundida por otras regiones tropicales. Se trata de una especie en la que cada planta da un solo tubérculo de forma y dimensiones variables. También de ella se conocen numerosas variedades, que a veces han sido consideradas como especies distintas.

La *D. cayennensis*, por su parte, parece ser originaria del África negra continental. De Candolle, al menos, lo suponía así. El tubérculo de esta especie es redondeado y la planta es rústica y tropical.

Como se ve, parecería que cada región del mundo de clima apropiado tuviese al menos una especie particular de ñame cultivado, en

tanto que la *D. alata* se encuentra en todas partes junto a la respectiva forma regional.

II

En lo que respecta a la diversificación de las Dioscoreas, nuestra América no hace excepción a las demás regiones tropicales; pues, también ella tiene su especie particular de ñame.

En realidad, las formas de *Dioscorea* que hay en América son varias. Algunas de ellas han sido dadas como silvestres; pero parecería como si se tratara más bien de semisilvestres o, mejor, de formas que han escapado al cultivo. Mas, sea de esto lo que fuere, hay al menos dos especies que son verdaderamente cultivadas. De estas últimas, una es la universal *D. alata*, que se cultiva hoy en casi toda la América tropical, pero que sabemos positivamente que fué introducida desde el África occidental en la primera mitad del siglo XVI, juntamente con los esclavos negros. Sobre este punto poseemos datos históricos que no dejan lugar a duda alguna.

En efecto, con referencia a las Antillas, que fuera la primera región americana colonizada por los españoles, tenemos el testimonio del cronista Gonzalo Fernández de Oviedo, quien nos dice que el “ñame”, entendiendo por tal a la forma más representativa del Viejo Mundo, o sea, a *D. alata*, es “una fruta extranjera, e no natural de aquestas Indias... e vino con esta mala casta de los negros”⁶. Y el cronista portugués Soares da Souza expresa lo mismo con referencia al Brasil: el ñame fué introducido allí desde la isla de Santo Tomé, factoría africana de Portugal, junto con los negros esclavos para que éstos pudieran seguir siendo alimentados con su acostumbrado mantenimiento⁷. Es de importancia anotar que el primer dato es anterior a 1535, y el segundo a 1587.

Mas, antes de comenzar la introducción de esclavos negros a América⁸, y por lo tanto previo a la introducción de la *D. alata*, los indios

⁶ FERNÁNDEZ DE OVIEDO Y VALDÉS, G., *Historia general y natural de las Indias*, I, 286; Madrid, 1881.

⁷ SOARES DE SOUZA, *Tratado descriptivo do Brasil*, pág. 158.

⁸ Los primeros negros esclavos parecen haber llegado a la isla Española en 1502. Pero eran sólo unos pocos, y no es probable que ellos justificaran la introducción de ningún alimento especial; esto ha de haber acontecido más bien

ya cultivaban una propia forma de ñame. Colón la vió en Cuba primero y luego en la Española, actual isla de Haití, al tocar allí en su primer viaje, como consta en su Diario o derrotero que extractara el P. Las Casas. Pues, vemos que con fecha 4 de noviembre de 1492, Colón menciona allí unas raíces comestibles a las que con su término africano llama *niames*, y que dice eran como zanahorias, aunque tenían “sabor de castañas”⁹. El P. Las Casas, que escribía algo después, anota al margen que dichas raíces podían haber sido tanto “ajes” como batatas. Pero en posteriores anotaciones del mismo Diario, Colón se refiere nuevamente a los “niames” y entonces nos aclara que los indios, en su lengua, los llamaban “ajes”¹⁰. De ahí que posteriormente el almirante adoptara el nombre local, tal vez al percibir alguna diferencia con la especie conocida del Viejo Mundo. De todas maneras es indudable que en el primer momento, el descubridor todavía no diferenciaba bien entre los tres tubérculos comestibles que vió cultivar a los indios y que son la yuca (*Manihot*), la batata (*Ipomoea*) y el ñame (*Dioscorea*); de ahí que llamara a todas de la misma manera. Mas, pronto aprendió a diferenciarlas, pues con fecha 26 de diciembre del mismo año, ya nos habla de la existencia de “dos o tres maneras de ajes” en la Española¹¹.

El que Colón pudiera confundir, originariamente, los tubérculos comestibles de aquellas tres plantas, pese a ser ellas botánicamente tan distintas, se debe sin duda a que el único tubérculo de los tres que conocía ya antes era el de la *Dioscorea*, el cual habría visto en la costa occidental de África en anteriores viajes. De ahí que originariamente aplicara al ñame americano, y por extensión a las otras raíces comestibles que luego viera, el nombre que el ñame lleva en el África negra, y que generalmente es *niami*¹².

al hacerse nuevas y más copiosas remesas. Es decir, a partir de 1524, aproximadamente.

⁹ Es notable que también modernamente se compare el sabor del ñame al de las castañas. Por ejemplo, por Perrier de la Pathié en su *Les ignames cultivées*

¹⁰ *Aje* es término taíno, o sea, que corresponde al habla de los indios *aruaos* de las Antillas.

¹¹ El *Diario de Colón* se encuentra en el tomo I de la *Raccolta di documenti e studi pubblicati dalla R. Commissione Colombiana*, Roma, 1892, y también en FERNÁNDEZ DE NAVARRETE, M., *Colección de los viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde fines del siglo XV*, tomo I; Madrid, 1825.

¹² FRIEDERICI, G., *Amerikanistisches Wörterbuch*, pág. 450. Hamburg, 1947.

También el Brasil conoce, y eso desde los primeros tiempos de la Conquista, a ambas especies de ñames cultivadas: la foránea, llamada allí desde un principio “inhame de S. Thomé” y que es de tubérculos grandes¹³, y la indígena, de tubérculos chicos, a la que los indios “chamam carazes”, al decir del mismo cronista¹⁴. El nombre de la primera alude a la isla africana de Santo Thomé, que es de donde se trajeron los primeros negros. Soares de Souza agrega que los indios del Brasil no gustaban de los ñames extranjeros, y que sólo los negros los comían. La razón de ello está —nos dice— en que “os seus... são mais sabrosos”¹⁵. Y este precioso dato, de que los ñames indígenas eran mejores que los extranjeros, se repite en varios otros testimonios históricos, tanto de las Antillas como del Brasil. Lo cual es una hermosa confirmación de que los indios tenían su propia especie de ñame, a la que seguían apegados. Por otra parte, también en las Antillas los comedores del ñame importado eran sólo los negros, en tanto que los indígenas comían su *aje*. Una relación del mismo P. Las Casas lo testimonia expresamente así¹⁶.

En la primera mitad del siglo XVII, en las Antillas se deja de hablar de *ajes* y entonces sólo se dice *ñames*. Es probable, por tanto, que la victoria del término foráneo implicara también una derrota de la planta indígena, la que se habría producido a raíz de la desaparición de los indios que la cultivaban, y que, como se sabe, aconteció hacia la época mencionada. Mas, sea de ello lo que fuere, lo cierto es que cuando a comienzos del siglo XIX Alejandro de Humboldt quiere identificar botánicamente al histórico *aje*, lo hace considerándolo *D. alata*. Desgraciadamente, el autor no da explicación alguna para fundamentar esa atribución específica, la cual hace como de pasada y en nota de pie de página¹⁷. Pero es casi seguro que ello se debe al hecho de que el ñame que Humboldt viera cultivar en las Antillas fuera justamente *D. alata*. Todavía hoy es la especie que más generalmente se cultiva allí. Sin

¹³ MAGALHAES GANDARO, *Historia da provincia Santa Cruz* (1576).

¹⁴ SOARES DE SOUZA, l. c., pág. 158 y 171. El término *carazes* corresponde al plural de *cará*, que es como se conoce el ñame indígena en el Brasil hasta el mismo día de hoy. La *D. alata* se llama ahora *cará inhame*.

¹⁵ SOARES DE SOUZA, l. c., pág. 158.

¹⁶ HENRÍQUEZ UREÑA P., *La planta enigmática*, en *La Nación*, diario de Buenos Aires, edición del 4 de septiembre de 1938.

¹⁷ HUMBOLDT, A. DE, *Voyage aux régions équinoxiales du Nouveau Continent*, tomo III, pág. 338. Paris, 1816-26.

embargo, la mayoría de investigadores que luego siguen a Humboldt rechazan esa identificación, y vistas las dificultades a ello inherentes, se limitan a considerar al *aje* como *Dioscorea*, pero sin entrar a determinar la especie. En cambio, otros autores modernos, no pudiendo admitir que la América prehispanica conociera la *D. alata*, consideran que el *aje* era una variedad de batatas¹⁸.

Que el *aje* histórico era una planta perteneciente al género *Dioscorea*, ha sido puesto en duda sin mayor razón¹⁹. Claro que no puede haber sido la misma *D. alata* del Viejo Mundo. Esto lo vió claro el reputado investigador francés D. Bois, en su conocida historia de las plantas cultivadas. Este distinguido taxonomista, al igual que la mayoría de especialistas que han estudiado el caso, reconoce al *aje* calidad de *Dioscorea*, pero no lo atribuye a la especie *alata*, propia del Viejo Mundo, sino a la *trifida*, que es la particular del Mundo Nuevo²⁰.

En efecto, *D. trifida* Linné, sinónimo de *D. triloba* Willdenow es, según Bois, originaria de la América tropical, y es también la forma más apreciada en nuestro continente. Es ella, sin duda, la que los primeros descubridores y colonizadores vieron entre los indios, tanto en las Antillas como en el Brasil. Desde luego, ni ésta ni la tesis contraria va a poder ser demostrada por las descripciones cortas y contradictorias que del *aje* o *cará* nos dan los primitivos cronistas. Pero si recordamos que el ñame propiamente dicho, esto es, la *D. alata*, vino a América junto con la esclavitud africana, y que los primeros descubridores ya vieron ñames en las Antillas y en ciertas partes continentales mucho antes de que pudiera llegar a ellas la esclavitud africana o los elementos que la acompañaban, es natural que ni el *aje* antillano ni el *cará* brasileño, pueden haber sido la misma forma de ñame que posteriormente fuera importada del Viejo Mundo. A menos que no admitiéramos que la *D. alata* fuera introducida ya en época prehispanica por los indios. Porque también tenemos datos históricos de que los grupos indígenas del interior del continente cultivaban ya el ñame en la primera mitad del siglo XVI. Señalan esto, por ejemplo, tanto el P. Carvajal, compañero de Francisco de Orellana, el descubridor del Ama-

¹⁸ Véase el mencionado trabajo de Pedro Henríquez Ureña. Del mismo autor *Para la historia de los indigenismos*, pág. 59 y sig. Buenos Aires, 1938.

¹⁹ Todavía muy recientemente por Burhill, en *Ceiba*, tomo IV, págs. 227-240 (1954), aunque con argumentos poco valederos.

²⁰ Bois, D., l. c., pág. 482.

También el Brasil conoce, y eso desde los primeros tiempos de la Conquista, a ambas especies de ñames cultivadas: la foránea, llamada allí desde un principio “inhame de S. Thomé” y que es de tubérculos grandes¹³, y la indígena, de tubérculos chicos, a la que los indios “chamam carazes”, al decir del mismo cronista¹⁴. El nombre de la primera alude a la isla africana de Santo Thomé, que es de donde se trajeron los primeros negros. Soares de Souza agrega que los indios del Brasil no gustaban de los ñames extranjeros, y que sólo los negros los comían. La razón de ello está —nos dice— en que “os seus... são mais sabrosos”¹⁵. Y este precioso dato, de que los ñames indígenas eran mejores que los extranjeros, se repite en varios otros testimonios históricos, tanto de las Antillas como del Brasil. Lo cual es una hermosa confirmación de que los indios tenían su propia especie de ñame, a la que seguían apegados. Por otra parte, también en las Antillas los comedores del ñame importado eran sólo los negros, en tanto que los indígenas comían su *aje*. Una relación del mismo P. Las Casas lo testimonia expresamente así¹⁶.

En la primera mitad del siglo XVII, en las Antillas se deja de hablar de *ajes* y entonces sólo se dice *ñames*. Es probable, por tanto, que la victoria del término foráneo implicara también una derrota de la planta indígena, la que se habría producido a raíz de la desaparición de los indios que la cultivaban, y que, como se sabe, aconteció hacia la época mencionada. Mas, sea de ello lo que fuere, lo cierto es que cuando a comienzos del siglo XIX Alejandro de Humboldt quiere identificar botánicamente al histórico *aje*, lo hace considerándolo *D. alata*. Desgraciadamente, el autor no da explicación alguna para fundamentar esa atribución específica, la cual hace como de pasada y en nota de pie de página¹⁷. Pero es casi seguro que ello se debe al hecho de que el ñame que Humboldt viera cultivar en las Antillas fuera justamente *D. alata*. Todavía hoy es la especie que más generalmente se cultiva allí. Sin

¹³ MAGALHAES GANDARO, *Historia da provincia Santa Cruz* (1576).

¹⁴ SOARES DE SOUZA, l. c., pág. 158 y 171. El término *carazes* corresponde al plural de *cará*, que es como se conoce el ñame indígena en el Brasil hasta el mismo día de hoy. La *D. alata* se llama ahora *cará inhame*.

¹⁵ SOARES DE SOUZA, l. c., pág. 158.

¹⁶ HENRÍQUEZ UREÑA P., *La planta enigmática*, en *La Nación*, diario de Buenos Aires, edición del 4 de septiembre de 1938.

¹⁷ HUMBOLDT, A. DE, *Voyage aux régions équinoxiales du Nouveau Continent*, tomo III, pág. 338. Paris, 1816-26.

embargo, la mayoría de investigadores que luego siguen a Humboldt rechazan esa identificación, y vistas las dificultades a ello inherentes, se limitan a considerar al *aje* como *Dioscorea*, pero sin entrar a determinar la especie. En cambio, otros autores modernos, no pudiendo admitir que la América prehispanica conociera la *D. alata*, consideran que el *aje* era una variedad de batatas¹⁸.

Que el *aje* histórico era una planta perteneciente al género *Dioscorea*, ha sido puesto en duda sin mayor razón¹⁹. Claro que no puede haber sido la misma *D. alata* del Viejo Mundo. Esto lo vió claro el reputado investigador francés D. Bois, en su conocida historia de las plantas cultivadas. Este distinguido taxonomista, al igual que la mayoría de especialistas que han estudiado el caso, reconoce al *aje* calidad de *Dioscorea*, pero no lo atribuye a la especie *alata*, propia del Viejo Mundo, sino a la *trifida*, que es la particular del Mundo Nuevo²⁰.

En efecto, *D. trifida* Linné, sinónimo de *D. triloba* Willdenow es, según Bois, originaria de la América tropical, y es también la forma más apreciada en nuestro continente. Es ella, sin duda, la que los primeros descubridores y colonizadores vieron entre los indios, tanto en las Antillas como en el Brasil. Desde luego, ni ésta ni la tesis contraria va a poder ser demostrada por las descripciones cortas y contradictorias que del *aje* o *cará* nos dan los primitivos cronistas. Pero si recordamos que el ñame propiamente dicho, esto es, la *D. alata*, vino a América junto con la esclavitud africana, y que los primeros descubridores ya vieron ñames en las Antillas y en ciertas partes continentales mucho antes de que pudiera llegar a ellas la esclavitud africana o los elementos que la acompañaban, es natural que ni el *aje* antillano ni el *cará* brasileño, pueden haber sido la misma forma de ñame que posteriormente fuera importada del Viejo Mundo. A menos que no admitiéramos que la *D. alata* fuera introducida ya en época prehispanica por los indios. Porque también tenemos datos históricos de que los grupos indígenas del interior del continente cultivaban ya el ñame en la primera mitad del siglo XVI. Señalan esto, por ejemplo, tanto el P. Carvajal, compañero de Francisco de Orellana, el descubridor del Ama-

¹⁸ Véase el mencionado trabajo de Pedro Henríquez Ureña. Del mismo autor *Para la historia de los indigenismos*, pág. 59 y sig. Buenos Aires, 1938.

¹⁹ Todavía muy recientemente por Burhill, en *Ceiba*, tomo IV, págs. 227-240 (1954), aunque con argumentos poco valederos.

²⁰ Bois, D., l. c., pág. 482.

zonas (1540), como Tomás de Ortiguera, el acompañante de Pedro de Ursúa (1560) que también abriera caminos amazónicos. El primero de estos descubridores lo menciona del bajo Amazonas, en tanto que el segundo lo documenta del curso superior del gran río, donde todavía hoy se cultiva asiduamente²¹. La Relación de Juan de Salinas (1571), por su parte, lo atribuye a los indios que moraban en términos de *Valladolid*, ciudad posteriormente abandonada que estaba situada todavía más al oeste, en el actual Ecuador, al pie de la Cordillera de los Andes. Tanto por su ubicación geográfica, como por tener ellos lanzas como armas y ser amigos de “matar y cortar cabezas” estos indios sólo pueden haber sido los *Jívaros*²². Otros documentos de 1571, 1579, etc., lo documentan también de la misma vertiente oriental de los Andes ecuatorianos²³. Vale decir, que no puede haber duda alguna de que en el siglo XVI el ñame se cultivaba en una zona alejada en muchos miles de kilómetros de las costas del Atlántico, y de las posibles vías de penetración desde el África.

III

Si, como acabamos de ver, el ñame americano, o sea la *D. trifida*, tiene existencia prehispánica en este continente, se nos presenta de inmediato el problema de establecer el modo y manera de su llegada a estas tierras. ¿Se tratará de una especie originariamente americana que fué domesticada independientemente por los indios, o habrá sido una forma foránea traída ya domesticada de afuera, por los integrantes de alguna corriente pobladora? Desgraciadamente, con los pocos datos a nuestra disposición, no ha de ser fácil probar lo uno o lo otro más allá de toda duda.

Sin embargo, nos parece indudable que la conjunción de hechos conocidos hasta aquí están de parte de la alternativa segunda. Pues, para admitir lo primero se debería partir del supuesto de que el cultivo americano fué logrado independientemente de lo que se hizo en el Viejo Mundo. Es cierto que son muchos los autores que de manera más

²¹ ORTIGUERA, T. DE, *Jornada del río Marañón*, en *Historiadores de Indias*, tomo II. Madrid, 1909.

²² *Relaciones Geográficas de Indias. Perú*, tomo IV, pág. LXXVIII. Madrid, 1897.

²³ *Historiadores de Indias*, tomo II, pág. 418. Madrid, 1909.

o menos clara admiten esta tesis, pese a que no pueda basarse en hecho concreto alguno. En cambio, por poco que se ahonde el problema no dejará de verse que a ello se oponen varias razones de peso. Una de ellas es la similitud que existe entre los mitos agrícolas americanos y los de Indonesia, sobre lo cual han llamado la atención autores como Guttmund Hatt y Adolf Jensen²⁴. Y naturalmente, esta similitud no puede ser el resultado de una mera coincidencia, ni los mitos pueden haber migrado solos. Piénsese que hay alguno, como el de los implementos agrícolas que trabajan solos, que contiene detalles muy significativos como el de ir casi siempre referidos, a uno y otro lado del Pacífico, al cultivo de tubérculos. Pero es sobre todo el mito que hace derivar el origen del ñame del cuerpo de una mujer que se sacrifica en bien de los suyos, y que se encuentra tanto en América como en Indonesia, el que nos parece particularmente demostrativo. Sin contar que hay numerosos hechos antropológicos, etnográficos y lingüísticos que nos señalan que una corriente pobladora venida desde el Sudeste de Asia ha de haber traído a este continente el mongoloidismo y forma y contenido de las culturas medias indonesias²⁵ parte integrante de las cuales era indudablemente el cultivo del ñame. De ahí que creamos que esta *D. trifida* pueda no ser otra cosa que la misma *D. alata*, traída por los pobladores protomalayos y modificada luego por el cultivo y por las especiales condiciones ecológicas americanas.

Para ver la justificación de la tesis nuestra, debemos recordar que las plantas que el Hombre tiene en cultivo suelen mutar con mucha facilidad al ser llevadas a regiones nuevas. Sobre todo si se trata de plantas que tienen tendencia a variar. Y formas variables en alto grado son, justamente, las que componen el género *Dioscorea*, cual han señalado los autores que se han ocupado de ellas, como el francés Bois²⁶, y el norteamericano Merrill²⁷ para mencionar sólo algunos. Consecuencia de esto es, que la mayoría de especies de *Dioscorea* cuenten con un número grande de formas de las que no siempre se sabe concretamente

²⁴ HATT, G., *The corn mother in America and Indonesia*, en *Anthropos*, tomo XLVI, pág. 833 a 914 (1951).

JENSEN, A. E., *Das religiöse Weltbild einer frühen Kultur*. Stuttgart, 1949.

²⁵ CANALS FRAU, S., *Prehistoria de América*, pág. 417 y sig. Buenos Aires, 1950.

²⁶ BOIS, D., l. c., passim.

²⁷ MERRILL, E. D., *The botany of Cook's voyage*, pág. 265.

si son especies diversas o variedades. Y que la misma *D. alata* haya producido numerosas variedades culturales en casi todas las regiones donde ha sido llevada. Por ejemplo, la *D. bulbifera* tiene una decena de sinónimos que hasta hace poco han sido considerados como nombres de especies distintas ²⁸.

Además, la *D. tritifa* ostenta también las conocidas esnipas o eletas... que dieran nombre a *D. alata*. Pudiéndose agregar que, de manera general, el hábito de estas dos especies es tan parecido, que ellas son frecuentemente confundidas no sólo por los viajeros legos, sino que también por los taxonomistas entendidos. En realidad, la distinción botánica de las distintas especies de *Discorea* ha ofrecido siempre dificultades, sobre todo porque las flores masculinas y femeninas se encuentran en individuos distintos, y además porque una parte tan importante de las plantas como son los tubérculos no suele figurar en los herbarios. Esto ya lo sabían tanto de Candolle como Bois, los dos principales tratadistas de las plantas cultivadas ²⁹. A lo que se agrega que los estudios genéticos de este género se hallan todavía en pañales, y no es posible por lo tanto decir cuál es la relación exacta que existe entre las distintas especies y variedades.

Por lo tanto, lo más probable es que los integrantes de la corriente de población protomalaya que es la que trajo a este continente el más primitivo cultivo, trajeran también consigo tubérculos de *D. alata* para su alimentación, y que luego plantaron en estas tierras, donde se adaptaron. Y en el correr de los tiempos se produjeron en ellas distintas mutaciones que alejaron algo las plantas de su forma original. Los primitivos pobladores paleomongólicos, esto es, los que llamáramos Protomalayos, procedían siempre así en sus navegaciones, y especialmente al ocupar los numerosos archipiélagos oceánicos, desde los de la Polinesia oriental, hasta la africana isla de Madagascar. Y un rastro de esa antiquísima dispersión está dado por el hecho de que el ñame lleva el mismo o parecido nombre en todos los territorios pretéritamente ocupados por ellos o sus descendientes, como luego hemos de ver.

Mas, antes debemos establecer que si bien hasta hace poco la posibilidad de un traslado prehispánico de plantas cultivadas desde el Viejo al Nuevo Mundo a través del Pacífico era generalmente negada

²⁸ BOIS, D., l. c., pág. 483.

²⁹ CANDOLLE, A. DE, *Origine des plantes cultivées*. 5ª ed. Paris, 1912.

tanto por los antropólogos como por los botánicos, los que no querían admitir que especie alguna propia del Viejo Mundo hubiese podido ser difundida por América antes del Descubrimiento, ahora la situación ha cambiado. Tampoco podía ser de otra manera, dado que la realidad del trasplante se hace siempre más evidente. Por lo que los autores que la aceptan plenamente son cada día más numerosos. Dándose el caso de que algunos como los norteamericanos R. B. Dixon y E. D. Merrill, que gastaron innúmeras energías en combatir a través de largos decenios toda idea de ese tipo, han terminado finalmente por dejar constancia de que no existe razón alguna por la que ciertos pueblos de Oceanía no hubiesen podido alcanzar la costa americana trayendo consigo "unas pocas de sus plantas cultivadas de origen indo-malayo", entre las que se coloca expresamente al ñame³⁰.

Pero es sin duda el aspecto lingüístico del problema el que mejor apoya la tesis de un origen único del cultivo del ñame en el Sudeste de Asia, y su posterior difusión desde allí por las demás regiones.

Tenemos, por de pronto, que a través de todo el mundo Malayo-polinesio existe un solo término para designar al ñame. Se trata de la voz malaya *ubi* que, junto con la planta, fué difundida por los pobladores protomalayos. Y este nombre es de una estructura tan simple que, como ya señalara un autor de mediados del siglo pasado, el único cambio que en las distintas partes del área de su difusión ha sufrido a través de los tiempos, ha sido el de la substitución de su labial por otra o la elisión de su única consonante³¹.

Es cierto que a esta regla general hay algunas excepciones. Mas, dejando a éstas de lado, ya que toda regla tiene la excepción que la confirma, vemos que mientras en todas las lenguas de Indonesia y en muchas melanesias, o sea, en aquellas que constituyen el grupo central del área de dispersión de las lenguas austronesias o malayo-polinesias, el nombre común del ñame es el *ubi* original³², en la parte oriental de la misma área, o sea en Tahití³³, en Mangareva³⁴, en la isla de

³⁰ MERRILL, E. D., l. c., pág. 274.

³¹ CRAWFORD, J., *Plants in reference to Ethnology*, en *Transactions of the Ethnological Society*, vol. V, pág. 187-188.

³² BOIS, D., l. c., pág. 481.

³³ BOIS, D., l. c., pág. 485.

³⁴ HIROA, TE RANGI, *Ethnology of Mangareva*, pág. 213. Honolulu, 1938.

Pascua³⁵, el nombre se ha convertido en *uhi*, habiendo aquí desaparecido la única consonante. Por su parte, en el extremo occidental de la misma área, esto es, en Madagascar, lo que aparece es el cambio de la labial original por otra, ya que ahí el nombre específico del ñame es *ovy*³⁶.

Pues bien, en América tenemos exactamente la misma situación. Pues, en la parte norte-occidental de Sudamérica y porción ístmica contigua, que es donde ubicamos, justamente, la puerta de entrada de los elementos protomalayos venidos del Sudeste de Asia³⁷, encontramos todavía hoy rastros de que esos portadores de las culturas medias introdujeron también en nuestro continente, como era de esperar, el conocimiento y cultivo del ñame.

Claro está que no en todos los pueblos correspondientes a esa amplia región se sigue cultivando el ñame indígena, ni en todas las lenguas que se hablan en ella puede haberse conservado el nombre originario del importante tubérculo. Téngase presente que la región colombiano-centroamericana a que aludimos ha sido de todo tiempo lugar de tránsito de pueblos y culturas altas y medias, que en sus idas y venidas, han de haber oscurecido bastante la situación original.

Pero un poco apartado de las vías más transitadas, como en la región interior y de refugio que riegan el Uaupés y el Caquetá, afluentes del alto Amazonas, o también en las costas de Colombia, encontramos muchos pueblos que han podido mantener hasta nuestros días y en íntima asociación muchos elementos culturales de aquellos que por su similitud con los del antiguo Sudeste de Asia han de haber sido traídos por los Protomalayos. El desconocimiento del tejido verdadero y la fabricación y uso exclusivo de la tapa, la caza de cabezas, el empleo de la cerbatana, el remo en forma de muleta, el bote con batangas o flotadores, el culto a los antepasados, los palafitos, la creencia de que al dormir el espíritu abandona el cuerpo y regresa al despertar, son sólo algunos de esos numerorísimos rasgos que, junto con los mitos agrícolas ya mencionados, se encuentran exactamente iguales en el Noroeste de Sudamérica y en la Indonesia. Y es ahí también donde el nombre malayo del ñame se ha mantenido en su mayor pureza.

³⁵ MÉTRAUX, A., *Ethnology of Eastern Island*, pág. 155. Honolulu, 1940.

³⁶ BOIS, D., l. c., pág. 485.

³⁷ CANALS FRAU, S., l. c., pág. 417 y siguientes.

En efecto, en dos pueblos pertenecientes a la familia lingüística Tucano, o sea, entre los *Desanas* y los *Pirá Tapuyas* encontramos como denominación indígena del ñame la voz *uhi*³⁸. Es decir, la misma voz que en Polinesia oriental. Por lo tanto, también ahí el nombre originario ha sufrido la pérdida de su única consonante, exactamente lo mismo que vimos se había producido en la parte oriental y más próxima a América del área de dispersión de las lenguas malayo-polinesias. Y este dato es de tanta mayor importancia, cuanto que en gran parte del Brasil, y especialmente en el litoral atlántico, se ha impuesto el nombre de *cará*, que parece corresponder a las lenguas tupí-guaraníes. De manera que en el hecho de que el nombre originario haya podido mantenerse durante tanto tiempo habremos de ver la acción de los mismos factores que hicieron se conservaran tantos rasgos culturales originarios, uno de los cuales ha de ser sin duda, el aislamiento en que hasta hace poco vivieron aquellas agrupaciones étnicas.

En otro grupo de pueblos, igualmente no muy alejados de la mencionada puerta de entrada, el nombre ha sufrido en cambio la otra modificación. Ahí, la labial original de *ubi*, se ha trocado en la alveolar *s*. Tal ha sucedido, por ejemplo, entre los *Sumus* y *Mískitos* de Centroamérica, quienes conocen como *usi* al ñame indígena³⁹. Y lo mismo podría decirse de los *Huitotos*, grupo vecino de los Tucanos. Sólo que ahí, la segunda vocal parece haberse también mudado en *u*, *usu*, a juzgar por lo que nos dice Preuss⁴⁰. Pero encontramos también la forma *usi* en derivados del término original, como en el nombre de la mandioca dulce que es *h-usi-ye*⁴¹. Esto debe interpretarse como que la mandioca fué conocida con posterioridad al ñame, y por su parecido con éste le fué aplicado el mismo nombre de *usi*, pero con algún aditamento. De esta misma manera han obrado en todas partes los Protomalayos. Tal, por ejemplo, los indígenas de las Molucas que llaman a la batata que conocieron en tiempos ya plenamente históricos y a través de los españoles, *ubi castela*, o sea “ñame de Castilla”, nombre que los

³⁸ STRADELLI, E., *Pequeños vocabularios. Grupo de linguas Tocana*, en *Congreso Científico Latino-Americano*, tomo VI, Rio de Janeiro, 1910.

³⁹ CONZEMIUS, E., *Ethnographical survey of the Miskito and Sumu Indians of Honduras and Nicaragua*, pág. 63. Washington, 1932.

LEHMANN, W., *Zentral Amerika*, I, pág. 520, Berlin, 1920.

⁴⁰ PREUSS, K. TH., *Religion und Mythologie der Huitoto*.

⁴¹ TESSMANN, G., *Die Indianer Nordost-Perus*, pág. 312.

Javaneses convirtieron en *catela*, suprimiendo el apelativo genérico y elidando la sibilante, o los *Malgaches*, que sólo designan con la ya mencionada voz de *ovy* al ñame original, o sea a *D. alata*, y agregan algún aditamento a esa raíz al querer referirse a las otras especies ⁴².

Al apartarnos más de la región colombiano-centroamericana, ya la raíz del nombre malayo no se hace tan evidente. Sobre el Orinoco tenemos todavía el término *nac-ovi*, según el testimonio de Julio C. Salas ⁴³. Pero el apelativo *cará*, que es el que los Tupí-guaraníes dan al ñame, y que por su intermedio se extendió por gran parte del Brasil, nada ha de tener en común con el nombre malayo originario. En cambio, creemos que términos como *návi*, *mabi*, que usan los *Caribes* ⁴⁴, y el mismo *aje* de los *Tainos* de las Antillas, muy bien podrían ser ulteriores desarrollos del nombre original. Pero esto ha de ser objeto de una investigación aparte.

V

Por lo tanto, creemos que los hechos aquí señalados tienen una sola interpretación: que así como el ñame fué difundido por los Protomalayos a través del mundo oceánico, así también estos mismos pobladores paleomongólicos han de haber traído a este continente la *D. alata* y el nombre malayo con que todavía se la conoce en algunas partes. Posteriormente sufrió la planta algunas mutaciones que hicieron de ella la *D. trifida*. Todo lo cual, a su vez, es otro argumento en favor de la realidad de lo que oportunamente llamáramos la tercera corriente de población americana. Es decir, de una corriente de pobladores que, salidos del Sudeste de Asia, ocuparon paulatinamente la mayor parte de islas de Oceanía, y llegaron también a nuestro continente. Y son los descendientes americanos de esta corriente de población que racialmente conocemos como Brasilidos y culturalmente como Amazónicos.

⁴² BOIS, D., l. c., pág. 486.

⁴³ SALAS, J. C., *Plantas indígenas de uso común en América*, en *De Re Indica*, vol. I, pág. 53. Caracas, 1918.

⁴⁴ Que el término *mabi*, propio de los *Caribes* de las islas y de Honduras, y el de *návi* que lo es de los *Bacairíes*, se refieren al ñame y no a la batata como creyera Friederici, lo atestiguan expresamente C. H. de Goeje (*Nouvel examen des langues des Antilles*, en *Journal de la Société des Américanistes*, XXXI, 1939).